

Puebla en el escenario global del siglo XIX

Arturo Aguilar Ochoa*

María de Lourdes Herrera Feria, *Puebla en las exposiciones universales del siglo XIX: la inserción de una región en el contexto global*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Fomento Editorial, 2015, 438 pp.

Después del trabajo de Mauricio Tenorio Trillo, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, publicado primero en inglés en 1996 y luego en español en 1998,¹ parecería que el tema estaba agotado o que no ofrecía nuevas lecturas; sin embargo, la investigación realizada por María de Lourdes Herrera Feria, que fuera inicialmente su tesis de doctorado en la Universidad Libre de Berlín, demuestra lo contrario y resulta una

importante aportación para comprender el siglo XIX. La línea que vertebra su trabajo —considero— es: la inserción del estado de Puebla en el escenario global, con una perspectiva desde el largo proceso de “identidad nacional” que se fue edificando, no con pocas dificultades, y con ello Herrera establece el papel que desempeñaría ese estado en el ámbito internacional.

El libro contiene una estructura que va de lo global a lo regional en una suerte de gafas multifocales que nos presentan la urgencia que significaba, en el plano internacional, la construcción de la identidad de los Estados nacionales con la mira puesta en lo moderno, en la ciencia, en la tecnología, en definitiva, en la concepción de “progreso” que se legitimó en no pocos países del orbe; pero sobre todo saber cómo el estado de Puebla contribuye, desde lo local, a crear una imagen de “lo mexicano” que se irá vislumbrando en el extranjero. De esta manera logramos percibir, por un lado, la dificultad que significaba la construcción de un acuerdo nacional que lograra darle homogeneidad a un país tan diverso como México, y al mismo tiempo, la manera en que los gobiernos locales intercedieron para que la participación de diversas regio-

nes y localidades de esta pasmosa heterogeneidad fueran representadas a través de la riqueza natural, cultural, gastronómica y artística enraizada en México. En ese sentido, según Lourdes Herrera, el estado de Puebla será una de las regiones fundamentales que contribuirá en esa intencionalidad de mostrar una “identidad nacional” hacia afuera, bajo el contexto caótico del siglo XIX.

Son tres los capítulos que constituyen la obra: “Escenarios distantes”, “La puesta en escena de la nación Mexicana”, y “La inserción de una región en el contexto global”. Para cada uno de estos capítulos, la autora pone sumo cuidado en la elaboración de un discurso congruente que muestra las contradicciones, diferencias y retos a los que se tuvieron que enfrentar los diversos gobiernos que participaron en las exposiciones universales con la intención de quedar bien parados en el concierto internacional de los Estados nacionales en construcción, según nos dice:

A diferencia de las otras regiones en crisis, Europa resolvió sus problemas regionales volcándose hacia afuera de sus límites geopolíticos (migraciones, flujos de capital), externalizando la búsqueda de

* Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, BUAP.

¹ La edición en inglés lleva por título: *Mexico at the World Fairs. Crafting a Modern Nation*, publicado por la Universidad de California, en 1996, y en español por el título arriba señalado, *Artilugio de la nación...* publicado en 1998 por el Fondo de Cultura Económica.

soluciones a través de la expansión (imperialismo) y la ocupación espacial (colonialismo), sincronizando el tiempo mundial (los medios de transporte, de comunicación y de patrón oro) y coordinando las interacciones en el mundo (las exposiciones mundiales, la creación de organizaciones internacionales). Las iniciativas europeas se coludieron, sobrepusieron e interactuaron con las dinámicas de crisis paralelas en las otras regiones, configurando así una época global internacionalizada (p. 19).

Desde esta perspectiva es que se entreteteje el argumento fundamental del libro, en donde “se puso de manifiesto la capacidad de los habitantes de las diferentes regiones del mundo para proyectarse en el plano internacional” (p. 20), y en donde el estado de Puebla contribuiría al acercamiento de la pregunta fundamental, de mediados del siglo XIX, respecto a qué es México y cómo se quiere dar a conocer internacionalmente. Será de esta manera como durante la última mitad de ese siglo se estableció una “primera globalización” por medio de las exposiciones universales que comenzaron a convocarse en diversos países de Europa y de América.

Las comunidades nacionales fueron convocadas a mostrar en las exposiciones universales, efímeros microcosmos en los que circulaban las representaciones de lo racional y de lo imaginario, sus logros y fortalezas, materializados en objetos y producto [...] en ellas compe-

tían vertiginosa y desigualmente las naciones convertidas en sus propios fetiches (p. 40).

Desde el principio Herrera advierte que las exposiciones universales comenzaron en 1851, teniendo como sede la ciudad de Londres, y que hasta el año de 1900 se organizaron a lo largo y ancho del mundo, pero, entre todas ellas, las que se celebraron en Londres, París, Filadelfia, Viena, Nueva Orleans y Chicago fueron las que lograron la mayor resonancia e impacto, de ahí que su justificación temporal de la investigación quede enmarcada bajo esta perspectiva.

Desde la primera participación de México en estas exposiciones se puso el acento en la potencial abundancia de recursos naturales, al tiempo que se destacaba lo exótico y la originalidad de objetos de las antiguas culturas prehispánicas, la autora nos explica que esta iniciativa surgió con la participación inicial de William Bullock, uno de los primeros empresarios británicos que visitó México después de su independencia: “Quien intentó mostrar los prodigios del país para atraer inversionistas y colonos, que fracasó estrepitosamente por las azarosas condiciones políticas que primaban en la joven nación” (p. 172).

Ya para 1867 la construcción de pabellones nacionales comenzó a tener un propósito evidente: que cada nación ofreciera, a través de esas construcciones, la imagen más representativa de sí mismas, de sus tradiciones, de su arte, de su cultura, por lo que la definición de las formas y elemen-

tos decorativos usados con fines representativos en el exterior de los edificios fue controversial. México no quedó fuera de esta polémica. Bajo esta óptica, cuatro de las edificaciones que se crearon para las exposiciones son testimonio fehaciente de las contradicciones y dificultades que significaba la representación de “lo nacional”, bajo un contexto enmarcado por varadas constantes, entre pares y derivas. De tal manera que, a partir de imágenes fotográficas y una explicación extensa, Herrera da cuenta de las edificaciones que se realizaron para las exposiciones de París, de 1867, en la que se erigió el “Pabellón Xochicalco” a manera de pirámide prehispánica; la de Nueva Orleans, de 1884, en donde se construyó el pabellón conocido como “La Alhambra Mexicana”, de estilo morisco; en la exposición de París, de 1889, conocido como el “Palacio Azteca” de motivos indígenas por fuera, pero afrancesado en su interior; y, por último, nuevamente en París en 1900 un pabellón de características neoclásicas.

Un relato que destaca la interesante etapa histórica por la que pasaba México es el de la construcción del pabellón y la exposición que se mandó a París bajo la crisis terminal del Segundo Imperio Mexicano, en donde la ansiada credibilidad ante la comunidad internacional se convertía en una meta inalcanzable para un país sumido en la anarquía. El gobierno imperial de Maximiliano de Habsburgo tomó el asunto de la representación en los certámenes internacionales con gran pasión;

sin embargo, este afán organizativo quedó en suspenso ante los insalvables obstáculos que enfrentó el proyecto imperial, así lo explica Herrera: “Limitaciones presupuestales impuestas por la supeditación de los recursos financieros del país a la administración y fiscalización de los funcionarios franceses, resistencias del bando conservador que no encontró en el régimen monárquico las reivindicaciones anheladas, y una territorialidad acotada por los rebeldes republicanos” (p. 178), sin dejar de lado el abandono del proyecto del imperio mexicano por parte de Napoleón III, que libraba sus propias batallas en el continente europeo y el retorno de Estados Unidos después de concluida su guerra civil. Por todas estas causas el proyecto de la representación de México en la exposición parisina de 1867 fue prácticamente irrealizable. Maximiliano no habría podido representar su Segundo Imperio en la propia nación de Napoleón III. No obstante, la materialización de la presentación del pabellón en París corrió a cargo de comisionados franceses, para quienes lo mexicano se identificaba con el pasado prehispánico, y de esta forma “se abrió la puerta a la institucionalización de una forma representativa de México y de lo mexicano, el arte neoprehispánico, que tuvo resonancias que alcanzaron hasta el siglo XX” (p. 180).

Después de que cayera el Segundo Imperio Mexicano, nos explica la historiadora, los gobiernos liberales asumieron el impulso a la exportación como una tarea fundamental para alcanzar la tan

ansiada prosperidad y legitimización hacia el extranjero. Por ello, las exposiciones universales tuvieron un papel trascendental en esa meta; sin embargo, pronto los gobiernos liberales comprendieron que el éxito de este proyecto dependía “no sólo de la existencia de una creciente demanda internacional, sino también de una respuesta adecuada a ésta por parte de los productores, a la sazón en el papel de posibles expositores” (p. 157). Lo que significó crear todo un entramado institucional nacional y regional para convencer a los pobladores, industriales y personajes de la política de la relevancia que significaba la participación en estas exposiciones.

Así pues, a medida que se fue consolidando el proyecto de nación, con grandes problemas y crisis en todos los sentidos, finalmente y poco a poco se hizo posible la acción de individuos quienes lograron el lucimiento de la imagen de México en el contexto internacional. De esta manera, la región poblana contribuyó con la identidad en ciernes de lo nacional. Y si bien en un inicio los habitantes de Puebla no fueron muy entusiastas en su respuesta a la convocatoria de participar en los certámenes internacionales, poco a poco su intervención se fue fortaleciendo. La primera reacción de los habitantes de Puebla se debía, como lo señala Herrera, a que las preocupaciones y ocupaciones del grueso de la población se centraba en asuntos más cotidianos y apremiantes, como sobrevivir a los brotes epidémicos y a las continuas amenazas de sitios

militares, o bien, a los constantes conflictos entre las facciones que se disputaban el poder.

No obstante, con Porfirio Díaz a la cabeza de la nación, esta situación se fue modificando, y si bien en las exposiciones anteriores a su régimen personajes importantes de la sociedad poblana habrían participado de manera individual y con la finalidad de dar a conocer sus comercios, la convocatoria de Díaz movilizó a intelectuales, hacendados, industriales, comerciantes y artesanos, grandes y pequeños. Bajo ese marco de referencia, resulta importante indicar que la autora destaca la aparición de las mujeres poblanas en su condición de expositoras, quienes establecieron un cambio cualitativo para el certamen parisino de 1900. Por lo tanto, Herrera asegura que la aparición de comunidades indígenas, mujeres e instituciones en el papel de expositores y organizadores en el ámbito regional, puede tomarse como evidencia de la resonancia que alcanzaron las ideas de “progreso” entre los habitantes y de la eficacia de la labor desplegada por los representantes del poder central porfirista para sumar a su causa a una población dispersa en el vasto territorio nacional. “El papel de la élite porfiriana en la celebración de conmemoraciones, ferias locales y exposiciones universales fue crear esa imagen de nación moderna, más allá de su existencia real, para asegurar su vinculación a la comunidad internacional y fortalecer su sentido de pertenencia” (p. 347).

Los rubros en los que participó México, y los diversos individuos

poblanos en los certámenes internacionales iban enlistados de la siguiente manera: educación y enseñanza; obras de arte; instrumentos y procedimientos generales de las letras, las ciencias y las artes; materiales y procedimientos generales de la mecánica; electricidad; ingeniería civil; medios de transporte; agricultura; horticultura y arboricultura; bosques, caza, pesca y pequeñas cosechas; alimentos; minas y metalurgia; decoración y mobiliario para edificios públicos y habitaciones; hilados, tejidos y vestimentas; industria química; industrias diversas; economía social, higiene y asistencia pública; colonización y ejércitos de tierra y mar. Estas colecciones se fueron fortaleciendo conforme iban pasando los años y la crisis económica, política y social de la nación iba en decaimiento. Herrera nos va entregando cuadros comparativos entre cada una de las exposiciones y señala, además, en qué rubro los productos poblanos ganaron premios y reconocimientos. Resulta muy valiosa, por lo tanto, esta perspectiva regional que nos permite vislumbrar las diferentes maneras en las cuales diversos sectores sociales de la población poblana participaron en la frenética y caótica experiencia de construir identidad en un país

tan multifacético y pluricultural. Herrera señala puntualmente que “si bien la participación de los poblanos en las primeras exposiciones universales se realizaron bajo la presión de los poderes locales, a medida que el beneficio de éstas se internalizaba, los productos locales crecieron en cantidad, calidad y variedad por lo que su participación no estuvo únicamente determinada por factores ajenos a su voluntad, sino también por su propia conveniencia” (p. 347).

Otro ejemplo, valga de testimonio de este gran reto que significó para México la creación de “lo nacional” en estas exposiciones, el pabellón titulado “Palacio Azteca”, construido durante el gobierno de Porfirio Díaz, la utilización de motivos prehispánicos de sitios arqueológicos —Huexotla, Teotihuacán, Mitla y Xochicalco— en la parte exterior resaltó de manera más que evidente con el interior planeado, decorado a tono con el lujo francés de la época. Herrera sostiene que:

El Palacio Azteca ha quedado como un punto de referencia en el largo debate sobre cómo representar a la nación. El protagonismo de las culturas prehispánicas que dotaban de originalidad a la representación de lo auténticamente

mexicano y la indiferencia hacia los indios contemporáneos parecería una contradicción si se los desliga de la meta última que vislumbraban los ideólogos liberales: el triunfo liberal (p. 189).

María de Lourdes Herrera Ferrera termina fortaleciendo la teoría que aclara que el mestizaje, por legítimo derecho natural, fue el heredero ideológico de la república independiente. Herrera logra argumentar bastante bien esta premisa bajo el escenario de las exposiciones universales que basaron su imagen en lo mestizo, es decir, en el orgullo de nuestro pasado indígena entretejido con el deseado horizonte europeo.

Así, *Puebla en las exposiciones universales del siglo XIX...*, pienso, es una nueva interpretación de lo que significaría “la primera globalización mundial” bajo el contexto de las exposiciones universales. Una mirada diferente del siglo XIX y de la dinámica gubernamental cambiante, en ocasiones efímera, pero siempre preocupada por insertar a México en la carrera internacional de los nacientes Estados nacionales que fueron construyendo “identidad” y “progreso” en una realidad contradictoria, y para aquel entonces todavía “imaginaria”.